



Lo que la Universidad española puede aprender del modelo americano

What Spanish University can learn from American model

■ César García*

Resumen

El artículo explora aquellos aspectos que hacen del modelo universitario norteamericano el más exitoso del mundo. A pesar de las diferencias culturales que separan España de Estados Unidos, el autor sugiere que hay una serie de aspectos en los que cualquier reforma del modelo universitario español debería tener en cuenta los del modelo norteamericano. Entre ellos, una mejora de la experiencia vital que supone el paso por la universidad, la variedad de centros y misiones, y la existencia de un auténtico mercado de universidades, profesores y alumnos.

Palabras clave

Universidad. Estados Unidos. Educación. Reforma universitaria.

Abstract

The article explores those aspects that make the North American University model the most successful of the world. Despite the cultural differences between Spain and the United States, the author suggests that there are a series of characteristics that any reform of the Spanish university model should take into account and that are present in the model of the United States. Among others, an improvement of the university experience as a whole, the variety of centers and missions, and the existence of a true market for universities, teachers and students.

* El autor es profesor y chair del Departamento de Comunicación en Central Washington University (Ellensburg, Washington). Correo electrónico: garciace@cwu.edu. Hay una versión electrónica de este texto en: www.fundacionpfizer.org y www.dendramedica.es.

Key words

University. United States. College education. University reform.

■ Pocos temas suscitan más unanimidad en la sociedad española que el estado de nuestra universidad. Políticos y ciudadanos de las más variadas ideologías generalmente coinciden a la hora de diagnosticar el estado de decadencia en que llevan sumidas nuestras universidades durante las últimas décadas.

No ayuda a superar la situación el que la búsqueda de soluciones aparece más guiada por los síntomas que por los causas de la enfermedad. Se habla un día sí y otro también de falta de cultura de la excelencia, escasa atención a las demandas de la sociedad y de las empresas que hace que muchos de nuestros universitarios no encuentren trabajo, de falta de becas, de falta de medios, e incluso hay quien se queja de que se está configurando un sistema universitario para ricos aunque, incluso tras la reciente subida de tasas, el coste para el estudiante siga siendo muy bajo.

Lo cierto es que en los últimos 40 años, se han realizado tres reformas universitarias (en 1970, 1983 y 2001) por gobiernos de distinto signo que han tenido como principal y, yo diría, único legado la ampliación de las tasas de participación de estudiantes de todas las capas sociales. Han sido reformas que no han dejado a nadie satisfecho, en muchos aspectos epidérmicos, ya que ningún gobierno ha querido asumir el coste político que tendría realizar reformas en profundidad, y que nunca han gozado de un consenso entre los partidos.

Mientras tanto, los nada infalibles pero imprescindibles rankings han puesto a cada uno en su sitio. En concreto, ninguna universidad española aparece entre las 200 primeras posiciones de los dos más conocidos, el de la *Universidad de Shangai* o el *Times Higher Education*. Puede que la metodología empleada para confeccionarlos sea parcial o sesgada al otorgar un valor excesivo a la publicación de artículos en revistas académicas de ciencias y tecnología en detrimento de las humanidades o a que hayan pasado por sus aulas estudiantes que más tarde lograron un premio Nobel.

En todo caso, y aunque el debate filosófico o técnico acerca de la cuestión pueda resultar legítimo, no parecen ser indicadores que puedan ser tomados a broma en un mundo en el que la innovación proviene fundamentalmente de organizaciones formadas por personas procedentes de las ciencias empíricas y especializadas en el acopio y procesamiento de datos como forma de generar conocimiento. Poner excusas no parece una forma muy adecuada de enfrentarse al problema, sobre todo cuando el resto del mundo, queramos o no, sigue estos rankings a pies juntillas. Yo me quedaría con que no parece muy normal que un país que hasta hace poco tenía el octavo o décimo producto interior bruto no tenga ni una sola universidad entre las cien primeras.

Una actitud muy española es echar un vistazo a los países de nuestro entorno y consolarnos diciéndonos que en un contexto mediterráneo europeo no estamos tan mal, lo cual no es del todo cierto ya que otros países vecinos, como es el caso de Francia, sí cuentan con universidades punteras en algunos terrenos. Otra actitud mucho más



FIGURA 1.—Edificio de la Academia de Atenas en Ática
(A. Savin, Creative Commons, Wikipedia).

productiva es aprender de las experiencias del país que lidera en términos de rankings y también de reputación la cultura universitaria, es decir, EEUU.

En este artículo me propongo analizar los factores que hacen del sistema universitario americano en su conjunto un modelo, a pesar de que también tiene sombras, a tener en cuenta. Para ello analizaré aquellos factores que le otorgan un diferencial competitivo, sus limitaciones y por último realizaré un breve balance de aquellos aspectos que la reforma universitaria española debería poder imitar o, al menos, adaptar.

1. El modelo de Universidad americano

Comenzaré refiriéndome a los elementos sustanciales que separan el modelo americano del europeo y más específicamente del español. Bajo mi punto de vista, el éxito de la universidad americana, cuya punta del *iceberg* sería el hecho de que de las 50 primeras universidades en los rankings mundiales, más de dos tercios suelen encontrarse en EEUU, se debe a una serie de factores a los cuales suele prestarse poca atención: su pluralidad, basada en la independencia de los centros y la ausencia de injerencias gubernativas; el concepto de lo que se entiende por experiencia universitaria que, más allá de la acumulación de una serie de destrezas por parte del alumno, supone sobre todo un rito de paso en la vida de una persona obligada a poner a prueba su madurez constantemente; y su consideración como un ámbito de conocimiento puro, no sometido a la instrumentalización ideológica, y que hace que tanto las universidades en su conjunto como los profesores universitarios ocupen un espacio central en la psique de los americanos.

1.1. No existe una sola Universidad americana

Y es que aunque resulte sorprendente, y contradictorio con el planteamiento del articulista, no existe un único tipo de Universidad americana. Existe, si acaso, un mercado de universidades que compiten por ofrecer un producto diferenciado. Ello es algo que uno percibe rápidamente cuando se da cuenta de que en EEUU no sólo es importante la titulación, como sucede a menudo en España donde no importa dónde se ha estudiado ya que las universidades tienden a ser percibidas como *commodities*, sino dónde se ha logrado ya que cada universidad cotiza en función de su prestigio. Un prestigio que se transfiere también a los estudiantes. Por ejemplo, aunque hay otras universidades muy buenas para estudiar literatura inglesa, se considera que Yale es la mejor del mundo, del mismo modo que Harvard es el mejor lugar para estudiar derecho. Esta jerarquía también se da a un nivel regional. Central Washington University, la universidad en la que yo trabajo, no suele aparecer en los rankings mundiales, pero eso no evita que, en particular, su programa de música sea apreciado y distinguido en el noroeste del país porque cuenta con profesores en este departamento que son figuras destacadas en su campo.

Por decirlo de un modo gráfico para no dejar lugar a dudas. En el mundo universita-

rio estadounidense no rige la máxima del *café para todos* tan querida en nuestros lares. La competencia, de un modo semejante hasta cierto punto a lo que ha pasado con el desarrollo de la religión en nuestro país, ha forzado a cada una de las instituciones educativas a desarrollar modelos autónomos y diferenciados para su supervivencia.

Para empezar, en EEUU existe una serie de distinciones fundamentales que no existen en España. La primera de ellas es la diferencia entre universidades y *colleges*, siendo las primeras generalmente centros en los que pueden cursarse estudios de posgrado (masters y doctorado) mientras que las segundas ofrecen lo que podría entenderse por licenciaturas. Una segunda diferencia se da entre las llamadas *universidades de investigación* y *universidades de enseñanza*. En las primeras, al docente se le exige una fuerte actividad investigadora al entender que existe un vínculo fuerte entre ésta y la calidad de la enseñanza del que se beneficiarán los alumnos. En estas universidades, también llamadas en el pasado *research one institutions*, suelen servir los profesores más prestigiosos de cada disciplina y sus niveles de financiación provenientes de empresas o fundaciones privadas son mayores. No hace falta decir que, en consecuencia, los sueldos de los profesores son también más elevados y el mérito suele centrarse en la cantidad de artículos publicados en revistas de investigación. A pesar de que el número de alumnos por clase habitualmente es muy alto, las universidades de investigación suelen ser las instituciones más solicitadas por los estudiantes con mejores notas en la enseñanza media ya que en muchos casos tienen acceso a primeras figuras en su campo de estudio. Estas clases masivas, a veces con más de 700 alumnos por aula, se ven suplementadas por la configuración de grupos de estudio más pequeños que son dirigidos por estudiantes de posgrado en estos departamentos. A estos doctorandos, gracias a la experiencia acumulada como *teacher assistants*, se les invita a buscar su primer empleo docente a tiempo completo en otra universidad como forma de evitar la endogamia en los departamentos.

En las *universidades de enseñanza* se pone un mayor foco en la calidad de las clases que suelen ser ofrecidas por profesores titulares (raramente intervienen estudiantes, en parte porque en muchos casos estas instituciones no tienen programas de posgrado) y los grupos son más pequeños (de 20 a 25 alumnos por clase). En el caso de las *universidades públicas* suele tratarse de instituciones de ámbito regional a la que suelen acudir estudiantes que han demostrado menos méritos en la enseñanza media, o que por razones familiares no desean vivir lejos de sus hogares, u otros atraídos por la existencia de un trato más personalizado. En estos centros la investigación también es un requisito para la promoción de los profesores, pero los estándares no son tan altos como en las universidades de investigación.

Existen además, otros dos tipos de universidades definidos por otros criterios. Uno de ellos son los *Liberal Arts Colleges*, cuyo programa está pensado para proporcionar una cultura humanística amplia y el desarrollo del pensamiento crítico de los estudiantes en oposición a los programas más técnicos de otras universidades. Por ejemplo, Saint John's College, en Annapolis (www.stjohnscollege.edu), tiene un programa consistente en el estudio de las principales obras de alrededor de 100 filósofos, escritores y músicos

en la historia de occidente (por cierto autores españoles sólo hay uno, Cervantes, a no ser que consideremos español también a Maimónides). En este tipo de instituciones las clases son muy pequeñas, siendo posible que la proporción de alumnos por profesor sea de 10:1 como en Reed College (www.reed.edu), la universidad donde estudió Steve Jobs aunque no finalizara sus estudios. Los estudiantes que acuden a estos centros no buscan encontrar un trabajo determinado, sino salir de allí con una cabeza bien amueblada que les guíe el resto de sus vidas y, aun así, un alto porcentaje de ellos decide realizar el doctorado en alguna universidad de investigación al final de sus cuatro años.

Conviene precisar que estos modelos de universidades no suelen ser casi nunca puros y abundan las instituciones híbridas, es decir, universidades públicas que ofrecen *liberal arts education* y *Liberal Arts Colleges* que ofrecen licenciaturas en determinadas áreas. En todo caso, ésta es una concepción educativa que en España estaría condenada al fracaso ya que en nuestro país todas las empresas y organizaciones contratan a individuos por sus capacidades técnicas y nunca por el desarrollo general de sus capacidades intelectuales. En el modelo educativo y organizativo norteamericano es muy frecuente que personas que han estudiado una carrera específica se consideren candidatos aptos en otros campos de actividad si reciben la formación adecuada a cargo de la empresa. En EEUU no es infrecuente encontrar doctorados en literatura inglesa trabajando en el campo de las relaciones públicas o licenciados en sociología que se han convertido en altos ejecutivos en el mundo de las telecomunicaciones.

Por último existe un cuarto modelo de institución universitaria llamado *Community College* en el cual los universitarios pueden cursar los dos primeros años de su educación universitaria para luego ser transferidos a una universidad o *college*. Durante estos dos años los estudiantes cursan un programa de los llamados cursos de educación general, es decir, tienen que elegir entre un amplio abanico de cursos de distintas materias (sociología, historia, religión, biología, etcétera) según sus preferencias. En los dos últimos años se especializan en un campo determinado en una universidad distinta. Esta opción, la más favorecida por los presupuestos de la administración Obama, es adecuada para aquellos estudiantes de rentas más bajas que no pueden permitirse estudiar los cuatro años fuera de casa.

1.2. *La educación concebida como experiencia*

La Universidad en EEUU no es primeramente una institución educativa o un conjunto de edificios, sino más bien un ritual de paso. La vida de un americano cambia radicalmente después de haber pasado por ella. Desafortunadamente, éste, el escaso interés que tiene como experiencia vital, es uno de los aspectos de la Universidad de los que menos se habla en España, lo que contribuye activamente a su desprestigio.

En EEUU ir a la Universidad es importante ya que implica un cambio radical en la vida del individuo, que suele abandonar el hogar paterno y trasladarse a muchas millas de su ciudad y de los amigos de toda la vida. Ello supone asumir la responsabilidad de enfrentarse en solitario a los desafíos de la vida cotidiana (convivencia con otras

personas de distintas culturas y credos, asumir el rol que la sexualidad tendrá en la vida de uno, convivir con las tentaciones de las drogas y del alcohol, conciliar trabajo y estudios, etcétera). También supone, para una mayoría de estudiantes de las clases medias, asumir el sentido de la responsabilidad de lo que significa endeudarse para adquirir una educación ya que el coste de los estudios, el alojamiento y la manutención exigen toda una inversión de recursos que oscila entre los 80.000 y los 200.000 dólares de media durante los cuatro años. Esta es una situación que contrasta con la de los universitarios españoles que, a pesar de las recientes movilizaciones, apenas asumen riesgo alguno en términos monetarios ya que, tras la última subida de tasas, sólo pagan de su propio bolsillo el 20% de la matrícula.

Como dice el sociólogo Víctor Pérez Díaz —probablemente la persona que más sabe en España de la universidad norteamericana—, el interés de la experiencia universitaria norteamericana radica en que el estudiante se ve abocado a descubrir «su propia senda» mediante la toma de decisiones acerca de multitud de cuestiones. Quizás la decisión más importante es la referida a la elección del *major* (que podría traducirse como carrera principal) y el *minor*, que es una segunda especialización y requiere menos créditos para su obtención. La elección de un *major* y un *minor* hace a los estudiantes más polivalentes y más motivados, y también les abre un mayor abanico de posibilidades intelectuales y profesionales.

El modelo americano de universidad liberal está concebido para que el estudiante se *moje*, es decir, tenga que afirmar su personalidad a través de la toma de decisiones en numerosos ámbitos: vivir dentro o fuera del campus, trabajar mientras estudia para pagar sus préstamos o hacerlo más tarde, a qué clubes y asociaciones pertenecer; elegir asignaturas y profesores, qué estudiar antes el *major* o el *minor*; asistir o no a clase en verano, escribir o no en el periódico de la universidad; dar o no un concierto con su banda en la universidad; estudiar mediante cursos a distancia o presenciales; realizar todos los créditos en su campus o una parte en el extranjero, o quizás finalizar su *major* en otra distinta donde las características de un departamento se adapten mejor a sus gustos.

Esta voluntad de mojarse por parte del universitario también se manifiesta dentro del aula donde la percepción de la autoridad del profesor no impide la posibilidad de un intercambio de ideas u opiniones acerca de un determinado tema. El estudiante no siente complejo alguno por recoger el guante tras una determinada pregunta hecha por el profesor en voz alta y existe en general una buena predisposición a embarcarse en el método socrático de búsqueda de la verdad, algo lejano en la universidad española en la que, como apunta Pérez Díaz en su ensayo titulado *Elogio de la universidad liberal* (www.asp-research.com/pdf/Asp13a.pdf), «el estudiante protege su libertad estableciendo opacidades y distancias respecto a los profesores y los administradores académicos».

Este ejercicio de libertad y autoafirmación se traslada a todas las manifestaciones de la sociedad civil. Desde la fundación de empresas y asociaciones, a la intervención en la vida pública mediante la creación de grupos de presión de base, o al mundo de la política en el que los candidatos locales piden el voto de puerta en puerta.

En términos de experiencia vital, ir a la Universidad en España apenas supone para

una mayoría de estudiantes trasladarse a otro barrio y bajarse en otra parada de autobús o estación de metro. El resto de sus constantes vitales, como seguir viviendo en casa de los padres o salir con los mismos amigos, permanecen inalterables.

Esta diferente percepción que se tiene de la universidad como referente de progreso en EEUU también se justifica por la importancia que tiene en el bienestar de las personas tener un título universitario. Según datos del U.S. Census Bureau (el equivalente estadounidense al Instituto Nacional de Estadística), en EEUU la diferencia salarial entre una persona con un título universitario y otro que no lo tiene oscila como media de 51.000 dólares en el primer caso a 27.000 dólares de salario anual en el segundo. Esta diferencia se agudiza aún más entre alguien con un título de posgrado y una persona que sólo terminó los estudios de enseñanza media. En este caso, de acuerdo al U.S. Census Bureau, la diferencia salarial se mueve en una horquilla decreciente que va desde 74.000 a 18.000 dólares. Por tanto, no debe sorprendernos que palabras como Universidad, e incluso educación, gocen en EEUU de un enorme prestigio ya que la sociedad parece saber recompensar a las personas mejor formadas.

En contraposición, España es el país de la OCDE donde la diferencia salarial es menor entre un titulado universitario y una persona que carece de título, alrededor de un 32% frente a un 172% en EEUU.

No deja de resultar paradójica la desvalorización de la Universidad en un país en el que la democratización de la misma tiene apenas 35 años de historia. Debería ser lo contrario, al haber llegado más tarde (aunque con fuerza ya que el número de titulados españoles en la franja de 25 a 34 años es de un 40%, es decir, similar al americano) deberíamos valorarlo más, al igual que por ejemplo hacen algunos de mis estudiantes que han sido los primeros en su familia en ir a la universidad y para quienes supone una verdadera conquista de la que se sienten orgullosos y no dudan manifestarlo en público. Sin embargo, esa pátina de prestigio que tuvo la universidad española en el pasado se ha perdido por varias razones. Éstas son fundamentalmente la escasa cultura meritocrática que existe en nuestro país, una economía que genera empleo de poca calidad y, sobre todo, un sistema universitario donde las universidades sólo se distinguen por criterios de cercanía geográfica.

Los ejemplos del escaso aprecio que suscita una buena formación universitaria en la sociedad española son numerosos. Los tenemos en los gobiernos de la nación y de las comunidades autónomas donde los estudios de posgrado escasean entre los presidentes y miembros de los gabinetes que en muchos casos exhiben discretos méritos académicos. La única credencial académica del anterior presidente del Gobierno, José Luis Rodríguez Zapatero, era una licenciatura corriente y moliente en Derecho por la Universidad de León mientras que el presidente saliente de la Generalidad de Cataluña, José Montilla, carecía de formación universitaria alguna. La escasa importancia que la sociedad española concede a la formación académica para la función de gobierno es un reflejo perfecto de la mentalidad colectiva al respecto. Una vez más, nos encontramos que en EEUU sucede todo lo contrario.

A no ser que te llames Steve Jobs, en Norteamérica es imprescindible tener una buena formación universitaria para lograr un puesto de responsabilidad en cual-

quier organización. En el gobierno de Obama no hay un sólo alto cargo que no cuente con una formación universitaria muy sólida siendo habituales los estudios de máster o doctorado entre sus miembros. Sólo para hacernos una idea de la importancia y el reconocimiento social que tiene haber realizado un doctorado en este país puede señalarse que el tratamiento de «doctor» (Ph. D.) suele ser habitual en las universidades americanas para referirse a los profesores así como suele incluirse en las tarjetas de visita aun fuera del círculo académico. No pocas empresas pagan a sus empleados los estudios de doctorado o les ofrecen incluso salarios más altos a las que los han realizado al asumir que ello redundará en un mejor desempeño profesional.

1.3. Existe un mercado universitario

Al igual que sucede en el mundo de la empresa, en el mundo de la educación las universidades americanas tratan de ofrecer los mejores productos, es decir, programas más interesantes y la mayor cantidad y calidad de actividades posibles para captar a los mejores estudiantes. Es un fenómeno que se retroalimenta y es recíproco; es decir, cuanto más prestigio tienen los profesores de los departamentos, atraen mejores estudiantes y viceversa, cuanto mayor es la calidad de los estudiantes, más motivados se sienten los profesores a trabajar para esas universidades. El resultado es una alta capacidad innovadora y gran flexibilidad para adaptar los programas académicos a las necesidades de los estudiantes y de la sociedad en su conjunto.

No en vano, en Norteamérica existen multitud de rankings que establecen el prestigio de cada universidad según un conjunto de parámetros como relación calidad-precio, atención al alumno, el prestigio del profesorado e incluso la calidad de vida en el campus. A diferencia de España, los universitarios americanos no saben en qué universidad van a terminar al finalizar la *high school* (bachillerato). Lo normal es solicitar plaza en varias universidades al mismo tiempo teniendo como único criterio la calidad y no necesariamente la cercanía a su domicilio o, como sucede en España, su ubicación en la misma comunidad autónoma. De hecho, las familias que pueden permitírselo suelen enviar a sus hijos a estudiar a universidades fuera del área donde residen, al entender que así se favorece el crecimiento individual.

En EEUU la competencia se manifiesta en varios aspectos fundamentales: la existencia de un mercado de profesores dispuestos a moverse y que pueden contratarse con la misma libertad que una empresa contrata cualquier tipo de empleado; un mercado de estudiantes que buscan recibir la mejor educación y, por consiguiente, el mejor retorno a su inversión; y un mercado de empresas y agencias gubernamentales que, en su mayoría con dinero privado, desarrollan actividades investigadoras en campos diversos.

Frente al complejo entramado burocrático que requiere la contratación de profesores en la universidad española, la americana se caracteriza por la libre contratación de docentes. Enviar un currículum vitae y unas publicaciones, pasar una serie de entrevistas y realizar una demostración docente son los requisitos para optar a una plaza



FIGURA 2.—Harvey S. Firestone Memorial Library de la Universidad de Princeton (Andreas Praefcke, 2007).

de profesor en cualquier universidad. La contratación se realiza de acuerdo con los criterios de los departamentos y el porcentaje de doctores que terminan en la misma universidad en la que realizaron el doctorado es mínimo, justo al contrario de lo que sucede en la española, donde la endogamia y las relaciones personales siguen poseyendo un alto valor añadido. Mientras que en España la vida universitaria se asemeja a la de un árbol, es decir, nacer, desarrollarse y morir en el mismo sitio, en EEUU el aperturismo genera una dinámica de competencia entre las universidades por contratar a los mejores profesores y entre profesores por realizar los méritos suficientes para trabajar en los mejores centros.

El escaso entusiasmo que en España suscita la experiencia universitaria se agudiza por la inexistencia de un auténtico mercado universitario y la ausencia de competencia entre los centros, ya que los estudiantes no encuentran ningún motivo para ir a una universidad fuera de su ciudad o región, ya que todas ofrecen más o menos lo mismo. Todos los campus tienen estética similar y el marketing y la construcción de una marca huelgan, ya que la clientela es cautiva. No deja de llamarme la atención que, en una de las universidades con más estudiantes del mundo como es la Complutense, no se vea ni una sola sudadera con su logotipo por las calles, o que en la Facultad de Ciencias de la Información la librería todavía tenga una ventanilla como la de aquellos entrañables puestos que había hace 40 años en España, donde se vendían pipas o se cambiaban novelas del Oeste.

La creación de universidades a la puerta de casa ha promovido el localismo hasta niveles inimaginables hace décadas, cuando al menos había universitarios que se desplazaban a Madrid, Barcelona u otras ciudades a ampliar horizontes. Este localismo también es favorecido por la disponibilidad de fondos públicos regionales que hacen que los profesores se centren, en no pocas ocasiones, en investigaciones de ámbito muy local como requisito para acceder a una plaza.

La burocracia afecta fundamentalmente a la función pública donde la política de ascensos y los plazos están fijados de antemano. Me pregunto qué motivación puede tener un profesor titular de una universidad española, si tiene garantizada una plaza de por vida y unos suplementos salariales que se perciben en función de la antigüedad y no de la calidad de las clases o el número de publicaciones. Es, como casi todo en España, cuestión de dejar pasar el tiempo. Ello sin entrar en el tipo de incentivos que se ofrecen; una vez que se tiene la plaza, las promociones suponen doscientos o trescientos euros mensuales más. Al no existir mercado, debido a las altas barreras burocráticas que se han creado, se da la circunstancia de que todos los profesores cobran más o menos lo mismo en cualquier universidad. Resulta difícil imaginarse un profesor laureado de la Universidad de Berkeley cobrando el mismo salario que otro en la Universidad Estatal de Kentucky.

1.4. Un espacio central en la psique de los americanos

La centralidad que tiene la Universidad en la psique americana se manifiesta en su

amplia presencia en la vida social. Se ha hablado mucho de la estrecha relación entre las universidades y las empresas norteamericanas para explicar el éxito de su modelo, pero no tanto del papel que aquélla cumple en el mundo de la política como foro moderador y de debate. En Norteamérica, la Universidad es una especie de reencarnación, aunque adaptada a los tiempos modernos, de la plaza pública de la antigua Grecia. Por ejemplo, una mayoría de los debates de la alta política en este país, entre candidatos a la presidencia o al senado, se celebran en las universidades y no en las cadenas públicas o comerciales de televisión (aunque sean retransmitidos por éstas). La principal razón es su eminente naturaleza simbólica. Para la mentalidad americana, las universidades todavía representan una suerte de recintos sagrados en los que se busca el conocimiento y donde reina la libertad de pensamiento. La imparcialidad que se le reconoce a esta institución —derivada de su objetividad, neutralidad y apoliticismo— hace que sea vista por los propios americanos como el lugar adecuado para el debate político. Su credibilidad como institución viene dada con independencia de su carácter público, privado o religioso. Por ejemplo, las cuatro universidades que albergaron los debates presidenciales o entre los candidatos a vicepresidente durante la campaña a las elecciones de 2012 son privadas (University of Denver, Hofstra University, Centre College y Lynn University).

La apertura y porosidad social del debate político universitario americano es casi inimaginable para una audiencia española. Debates entre personalidades de la política, escritores o personalidades de la vida social son retransmitidos (en directo o en diferido) desde las universidades de todo el país, a cualquier hora del día y casi a diario, por canales como *C-Span* o *Book-TV*, a los que se puede acceder a través de las plataformas digitales o por satélite. Sorprende la ausencia de sectarismo y la cordialidad con que se desarrollan, incluso entre facciones antagónicas. Hace algún tiempo me tropecé a las nueve de la noche con un debate entre Howard Dean, considerado uno de los más escorados a la izquierda del Partido Demócrata, y Newt Gingrich, uno de los líderes del ala derecha del Partido Republicano, celebrado en la George Washington University. Salvando las distancias, era casi el equivalente, al menos en términos de actualidad y antagonismo ideológico, a haber presenciado en una universidad privada española un debate entre Felipe González y José María Aznar. Sentí envidia al ver la educación con que ambos políticos discutían de temas tan controvertidos en este país como el aborto o las relaciones con el mundo árabe. El comportamiento de la audiencia, que debía rondar los 20 años, tampoco pudo ser más exquisito.

La presencia social de las universidades también se articula a través de los medios de comunicación. Concebida desde sus comienzos como una radio educativa, las emisoras locales de la NPR (National Public Radio), la radio pública de EEUU, se ubicaron desde sus comienzos en universidades estatales. Aunque hoy día la NPR ha perdido parte de esa función estrictamente educativa de sus inicios, aún sigue siendo considerada un medio de comunicación de referencia al ofrecer una pluralidad de puntos de vista ausente en las radios comerciales. También es común que las universidades dispongan de sus propias emisoras de radio y televisiones locales en las que, además de aportar

una experiencia profesional valiosa a sus estudiantes, conectan con la población local compartiendo las diferentes actividades culturales que tienen lugar en la universidad.

En Europa durante mucho tiempo se ha hablado con razón de la irrelevancia de los intelectuales en la vida pública americana. Ciertamente, no existe el intelectual «pavo real» a la europea que opina y se posiciona sobre cualquier cuestión, pero lo cierto es que esta ausencia de pensadores holísticos es reemplazada por la presencia de profesores universitarios. Por debajo de esta actitud subyace la idea de que nadie puede saber de todo y únicamente los especialistas pueden hacer análisis sofisticados de los problemas. Por ello, para cualquier análisis que se tercie, los medios de comunicación americanos reclaman el testimonio de profesores, de la misma forma que citan estudios de investigación o publicaciones académicas. Da igual que se trate de economía internacional, política local, cultura popular o tendencias en la educación de los niños. En este aspecto no cabe hacer distinciones entre medios locales o más sofisticados, prensa o televisión. La CNN y el *Daily Record*, diario local de la ciudad en la que vivo, siguen la misma política a la hora de recabar la opinión de especialistas universitarios, en el primer caso de ámbito nacional y en el segundo de ámbito regional, para hacer más comprensible cualquier situación.

2. Las sombras del modelo americano

La universidad norteamericana presenta una serie de problemas de los cuales también se debe aprender. La misma masificación que se produjo en España en los años 80 se produjo en EEUU 20 años antes. Víctor Pérez Díaz se ha referido a cómo la vida universitaria, que se desarrolla muchas veces en un ambiente de ciudad pequeña, propicia las rencillas menores y la formación de pequeñas redes clientelares (pueden encontrarse buenos y entretenidos ejemplos de ello en la novela *Pnin* de Nabokov o *The straight man* de Richard Russo). Otro problema es que a veces los departamentos de las universidades se someten al dictado de organizaciones poderosas en la realización de investigaciones cuyos sesudos estudios serán posteriormente publicitados por los gabinetes de relaciones públicas. Pero, después de todo, esto no sucede con tanta frecuencia y es preferible a lo que ocurre en España, donde, salvo honrosas excepciones que han sido recogidas recientemente en el ranking de la Universidad de Shanghái, como es el caso de algunos departamentos, por ejemplo, de ciencias químicas, en general, la investigación es escasa o se ajusta con alguna frecuencia a la satisfacción de los gobiernos de turno.

Para mí, sin embargo, el mayor problema de la Universidad en EEUU es una mentalidad excesivamente *marquetiniana* que guía las decisiones estratégicas. Si las universidades españolas pecan de falta de posicionamiento en general, el exceso del mismo, es decir, la excesiva preocupación por la manufactura de mensajes convenientemente vehiculados para atraer la atención de los potenciales candidatos, lleva a las instituciones norteamericanas a la superficialidad, a preocuparse más por el envoltorio que

por la sustancia académica y deriva en un trato estudiantil que reproduce el esquema mercantil de relación cliente-proveedor en la que lo más importante es que el cliente, o sea el estudiante, salga satisfecho de la experiencia, lo cual en no pocas ocasiones convierte a las universidades en máquinas de reclutamiento.

Por poner un ejemplo, los empleados públicos mejor pagados de cada Estado son con frecuencia los entrenadores del equipo de fútbol americano de la universidad de turno. He sabido de universidades públicas que en tiempos de restricciones presupuestarias que han supuesto el despido de profesores y otros empleados, han mantenido o incrementado los presupuestos de las secciones deportivas debido a la exposición mediática que supone tener equipos potentes de baloncesto y fútbol americano. Asimismo, sucede que a veces lo accesorio, como disponer de unas instalaciones espectaculares, se impone a tener una plantilla suficiente de profesores para impartir todos los cursos requeridos en los tiempos previstos.

El hecho de que las universidades públicas tengan que ser autosuficientes (en muchos estados los fondos públicos sólo cubren el 30% de las matrículas), no siempre supone una ventaja. La excesiva preocupación por los costes lleva a que un alto porcentaje de los profesores, alrededor del 50% según el sindicato de profesores, tengan contratos a tiempo parcial o completo renovables cada año o semestre. Esta inestabilidad laboral crea situaciones de desigualdad *de facto* entre los profesores que con frecuencia coarta la libertad de cátedra y conculcan de manera subrepticia el derecho a la libertad de expresión que recoge la primera enmienda de la Constitución de EEUU. En ocasiones, los estudiantes sufren en sus propias carnes a profesores con un nivel de calidad inferior al de los titulares (*tenure*), pero cuya contratación se justifica por la necesidad de mantener los presupuestos en orden.

3. Conclusiones

Con bastantes luces y también algunas sombras, el sistema norteamericano de universidades sigue siendo probablemente, a falta de alternativas, el mejor modelo. De hecho, el plan Bolonia impulsado por la Comisión Europea puede entenderse como un intento de americanizar el modelo europeo, favoreciendo la creación de una tipología más amplia de universidades. Sin embargo, es difícil que ello surta efecto si el mercado laboral, de alumnos y de profesores, sigue siendo tan localista, rígido y proteccionista como hasta ahora. En el caso español, con mayor o menor certeza, podemos saber cuáles serán las futuras «universidades de enseñanza» españolas, pero no podemos responder a cuáles serán las universidades de investigación, o dónde estarán nuestros centros de élite.

Si algo puede aprenderse del modelo americano es que la descentralización y especialización es positiva en un marco de competencia asociado a criterios de eficiencia. En EEUU, ni el Gobierno Federal, ni los gobiernos de los estados, que aportan en muchos casos menos de la mitad de sus fondos, regulan la actividad de las universidades,

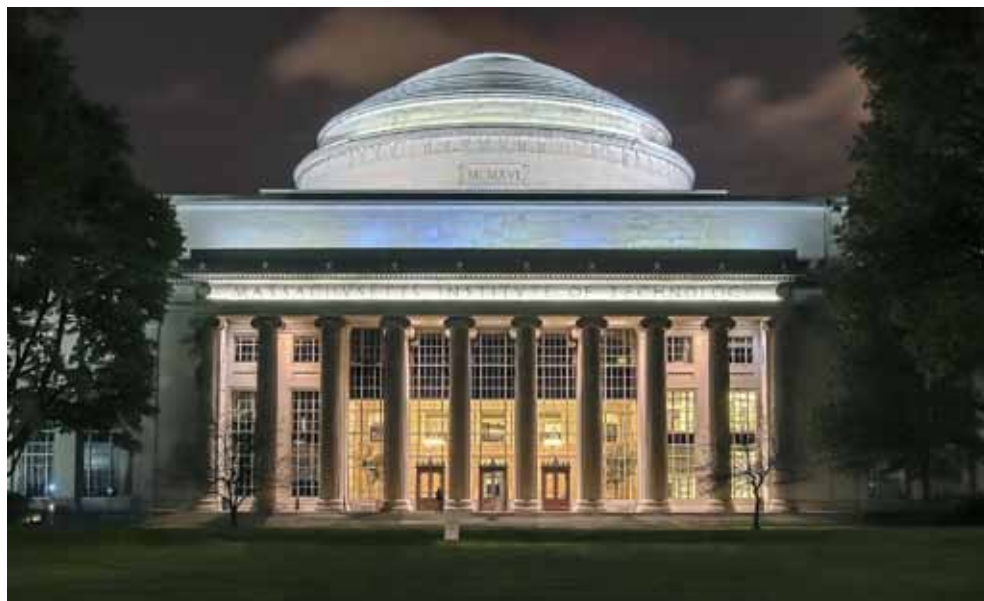


FIGURA 3.—El gran domo del edificio 10 del Instituto Tecnológico de Massachusetts. Obsérvese la ausencia de pintadas y pancartas reivindicativas en su fachada, que son los elementos que suelen «embellecer» los frontispicios de las instituciones educativas públicas en España (Fcb981, Creative Commons, Wikipedia).

aunque sean de titularidad pública. Ello hace que los propios centros, atendiendo a los elementos diferenciadores que las hacen relevantes, decidan su destino y su misión. Las universidades estadounidenses pueden contratar libremente al profesorado y negociar sus salarios, así como crear nuevas titulaciones, pero las acreditaciones no las realiza una agencia gubernamental, sino entidades independientes. Su éxito o supervivencia no depende tanto del criterio de un conjunto de funcionarios o políticos, sino de la demanda de los estudiantes y la sociedad en su conjunto. En España tenemos un modelo exitoso regido por pautas similares que es el de las escuelas de negocios. ¿Por qué un país que no tiene ninguna universidad entre las 200 primeras del mundo, tiene dos o tres escuelas de negocios (IESE, IE) en el *Top ten*? Habría que hacerse esa pregunta más a menudo.

Otro problema a resolver es que la Universidad recupere su prestigio y deje de ser considerada «una fábrica de parados». Mientras la diferencia entre tener una formación académica de calidad o no tenerla, en términos salariales y de consideración social, sea casi inexistente, la psique de los españoles, caracterizada por una patológica falta de confianza en el prójimo y en las instituciones, seguirá percibiendo la Universidad como un concepto ajeno, una idea importada, un esfuerzo por la excelencia que sólo vale la pena si tiene lugar en otras latitudes.

Las peculiaridades de la sociedad española son conocidas (una valoración excesiva de

la igualdad en perjuicio de la libertad, el localismo, la función pública entendida como un coto cerrado que hay que defender a toda costa) por lo que resulta poco menos que ilusorio pensar que podemos tener una universidad a la americana. Hay demasiados derechos tenidos por inalienables y hábitos culturales que lo harían imposible. Pero, si algo puede aprenderse de la idea americana es que las universidades pueden tener distintos enfoques e identidades, ser excelentes sin ser de investigación y que su misión debe responder a la demanda social, no a la de los gobiernos locales o nacionales.

En EEUU esta máxima se aplica a rajatabla. Incluso antes de la última crisis, cuando el Estado aportaba la mayoría del presupuesto en algunas universidades públicas, había un margen amplio de libertad con respecto al diseño de programas y normas de funcionamiento. Sería muy interesante que las autoridades educativas españolas estudiaran la implantación en cada universidad de un órgano similar al denominado *board of trustees* (consejos de universidad), que suelen consistir en un grupo de líderes académicos fuertes que han desarrollado carreras de prestigio en otras esferas sociales, sin intereses personales o ideológicos y cuya función es específicamente mantener la autonomía de cada universidad y minimizar la intervención pública.

Una universidad más abierta requiere inevitablemente la existencia de un mercado más abierto, lo que redundaría en una mayor diversidad de estudiantes y profesores y, a su vez, contribuiría a elevar el nivel académico general. España, gracias al idioma, el clima y a la calidad de vida, tendría posibilidades de atraer talento académico como sucede en EEUU, donde no siempre el salario es lo más importante, para que ciertas universidades ubicadas en determinadas ciudades o estados puedan contratar a los mejores profesores. Pero para ello hace falta tener la voluntad necesaria para realizar reformas de verdad, aunque en principio no gusten a la mayoría.

